
La Ronda Liberal*

Lic. Jorge F. Hernández

*Secretario General del Consejo de la
Crónica de la Ciudad de México*

Al finalizar el siglo XVIII ya rondaban en la Nueva España los ánimos independentistas que, a mi parecer, tenían su remoto origen desde el siglo XVI. Desde los primeros pasos de la Conquista se vislumbró una clara diferencia entre el mundo cortesano que rodeaba al Emperador D. Carlos y el novedoso mundo cortesano del conquistador D. Hernán. De hecho, Martín el hijo de Cortés encabezó un despertar independentista



Técnica: Aguafuerte y punta seca

que quedó sepultado a cal y tierra.

En clima, geografía, modos, acentos y personas era evidente que la circunstancia novohispana era *independiente* de la española —el arte barroco con las formas sociales, aunque traídas de la Península, pronto se *transpeninsularizaron*— y en vez de una adopción hablamos y vemos una adaptación.

Las diferencias eran claras, pero la definición territorial, social y económica de este vasto territorio era aún un ánimo por definirse. Siguieron entonces los siglos formativos de una definición tanto territorial como social, que acompañaban una prometedora situación económica.

Para el siglo XVIII —al borde de ser expulsados de todos los confines del reino ya borbónico— los jesuitas novohispanos encabezaron el ánimo ya definido y la confianza cimentada de una Nueva España cuyo único estorbo para su definición (y valga) definitiva, era la dependencia de la Corona. El optimismo jesuítico se aparejaba a una sentimiento de *umbilicus mundi*, que llevó incluso al padre Juan Luis Maneiro a exclamar orgullosamente:

"Yo cedo por Tacuba, pueblo inmundo, Roma, fa-

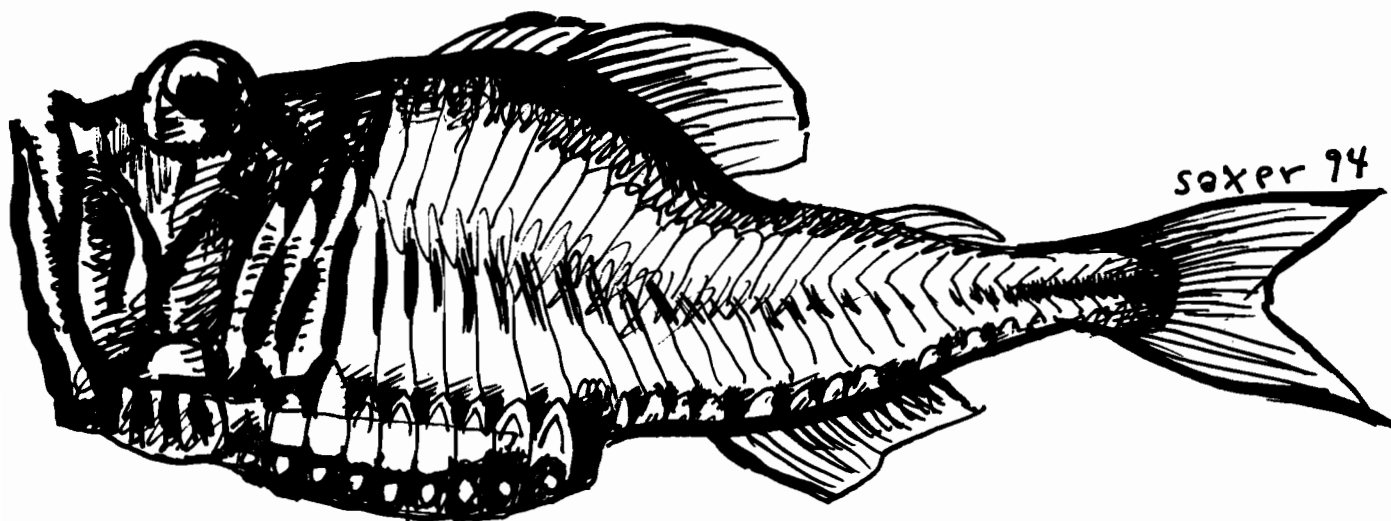
mosa, capital del mundo".

En saber y sabor la Nueva España buscaba ya una sublimación de real circunstancia, una elevación de su territorio que se aunara a la palabra soberanía, un levantamiento en vilo de su producción económica que se uniera a la palabra propiedad y una elevación de sus habitantes a una condición y nómina que ya no fuera neoespañola sino mexicana. Independencia se vislumbraba entonces como el lógico paso de definición de un territorio que, para finales del XVIII, abarcaba más de cuatro millones de kilómetros cuadrados (el doble del paraíso conquistado por Cortés y sus compañeros) con una población tres veces mayor al conglomerado fundacional del XVI y con una producción económica que se había sextuplicado y cuyos adjetivos calificativos, amén esclavizante, inhumana e injusta, también decían próspera, rica y prometedora.

Con tales ingredientes, los gritos de Independencia —con las respectivas entonaciones o volúmenes de Hidalgo, Morelos o Iturbide— se erguían como llamadas al lógico despertar que definiría lo que ya sólo precisaba de Independencia de España. Sin embargo, sabemos

que para mediados del siglo pasado —apenas pasados los ecos de estos gritos independentistas— el país ya llamado México contaba con la mitad del territorio con el que despertó su economía notablemente afectada y reducida, y su población azotada y mermada por la cadena imparable de revueltas, rebeliones, revoluciones y reyertas.

El tema de fondo —y el que me parece rinde mejor homenaje a José María Luis Mora en este su bicentenario— es el de la definición de México. Los gritos y los escritos, los levantamientos y pronunciamientos, los ánimos y las pasiones de este despertar mexicano se caracterizan y conjugan en tanto definitorios o buscadores de una definición social, territorial, económica, política y hasta organizativa de México.



Será a lo largo de todo ese siglo —que Luis González llama *periodo formativo*; Enrique González Pedrero *país de un solo hombre* (con ronda de contrarios), y Enrique Krauze *siglo de caudillos*— que se acelere y contraiga, enrosque y desenrolle la ronda liberal germinada por José María Luis Mora y enfrentada la ronda conservadora de Lucas Alamán.

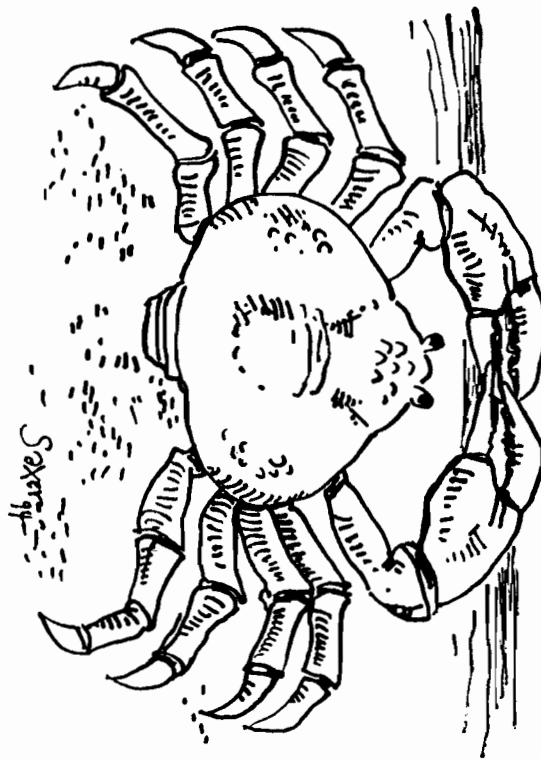
Ambos historiadores, guanajuatenses y nacidos al finalizar el siglo XVIII, confluyen en su preocupación por definir a México, mas divergen en cuanto a sus recetas. Ambos criollos crecieron en el escenario de las circunstancias y en el teatro de los acontecimientos que distinguieron tanto los años de la lucha independentista como los

prolegómenos de la nueva nación: la escenografía, actores, parlamentos y los actos de esta obra abundaban en escenas caóticas, juegos y cortesías aparejadas al descarado afán de poder, dispendios y crisis, fiestas y lutos, herencias y creaciones. En realidad, primero habrá que subrayar la ronda de dualidades que caracteriza a México desde su despertar independiente y en ese ánimo ubicar a Mora y Alamán: pensadores, escritores, ciudadanos e historiadores rondando en un escenario de dualidades.

Creo que no necesito extenderme ni en la cronología detallada de Mora ni en elaborar una biografía de su saber. Prefiero, entonces,

rendirle mi homenaje rescatando algunas pautas de su pensamiento y realizar el peligroso juego de releerlo a la luz de nuestro enrevesado presente.

Formado en el Antiguo Colegio Jesuita de San Ildefonso, el teólogo José María Luis Mora, lejos de volverse sacristán incólume tomó distancia tanto de la burocracia eclesiástica como de la cerrazón académica. A diferencia de Alamán, Mora era un historiador para el cual las lecciones del pretérito deberían ser sopesadas como errores olvidables y no baluartes conservables. Aunque ambos se envuelven en la ronda por definir



y vislumbrar lo que sería México, sus vistas vienen de lentes de historiador distintos: don Lucas mira hacia atrás, con anhelo; el doctor Mora mira hacia adelante, con preocupación.

De su lectura de la Revolución Francesa, ambos historiadores coincidirían en que se trata de un verdadero abrevadero de manantial. Mora verá un panorama de alerta que bien leído se podría aplicar no sólo a nuestro presente, sino incluso a los que han alzado la bandera del neoliberalismo. El doctor Mora leyó en Rosseau y Diderot un amasijo de especulaciones abstractas que sembraban una semilla de idealismo optimista, el idealismo que prometía "la renovación completa

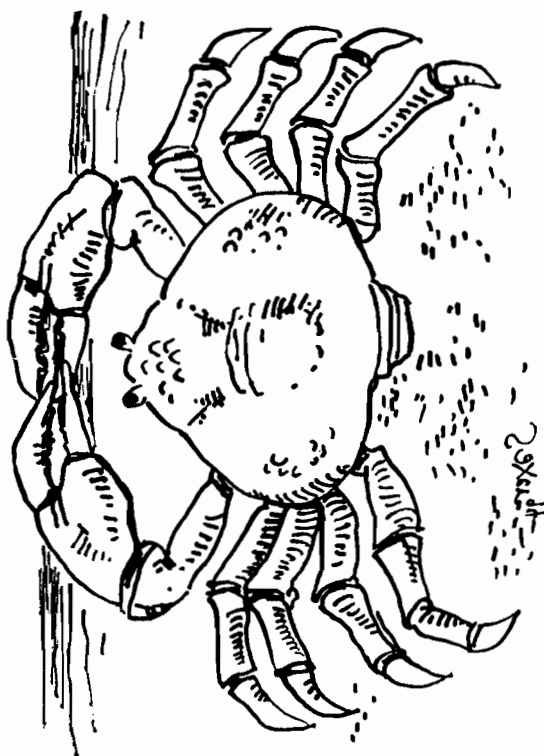
de la sociedad". Pero el doctor veía que el idealismo optimista francés se topó pronto con la impaciencia por llegar a la felicidad, propiciando un "incendio general" y la aparición del "hombre en su natural ferocidad; Francia tuvo que pasar por "toda una serie de calamidades" —propias de la fe en el idealismo— para llegar a "los saludables desengaños". En palabras del doctor Mora —y de nuevo se vale actualizar— a los franceses

"La idea de una renovación completa los lisonjea lejos de arredrarlos; el proyecto les parece fácil, y feliz y seguro el resultado... (...) en poco tiempo la destrucción es total y nada escapará al ardor de demoler. A nadie se (le) ocurre que el trastornar las leyes y hábitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles... es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresión... . Cuando los hombre piden a gritos descompasados la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra, no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo".

El doctor Mora previno la posible aparición de un Bonaparte mexicano y llamó con énfasis a la consolidación de un liberalismo constitucional que hiciera de México una república representativa y federal. Contra el fortalecimiento de un poder ejecutivo implacable, Mora también señaló la tiranía de un poder legislativo que no era más que un "número pequeño de facciosos y atrevidos que a fuerza de gritos sediciosos y amenazas arrancan de la representación nacional todo lo que conviene a sus miras". De hecho, el doctor Mora vislumbró y subrayó que:

"Tener el aparato y las formas exteriores de un gobierno libre y constitucional sin la realidad de sus principios y garantías es lo que nos ha perdido".

A doscientos años de su nacimiento, la ronda liberal germinada por el doctor Mora no ha terminado de girar. Aún durante su exilio en



París y aún después de su muerte —y la del propio Lucas Alamán— siguió rondando por México la dicotomía definitiva de conservadores y liberales al grado de que para finales del siglo pasado —y en la sempiterna ronda de las dualidades— había liberales conservadores y conservadores liberales. Para finales de ese siglo, un monarca republicano o presidente emperador inauguraba una nueva época y definición de México. Para más dualidades —o ironías coincidentales— muchas formas y modos de México se afrancesaron a tan sólo cincuenta años de que Francia había intentado afrancesarnos por la fuerza y con Imperio. La Revolución que tumba el régimen enrevesado del liberal-conservador Díaz, tampoco se salva de dualidades y enredos... Diría incluso que todo lo que va del siglo se ha mostrado en consonancia con la omnipresente Ronda Dual, dividida tan sólo por matices sexenales.

El doctor Mora tuvo una particular sensibilidad contra las formas de la opresión y propugnó

siempre por la libertad. En su ronda por definir a México veía que la reforma más importante y apremiante estaba en liberar a los mexicanos del colonialismo mental e intelectual que aún los sujetaba, a contrapelo de la liberación política o económica que los llevó a gritar en Dolores. Mora vislumbraba la necesidad de cambiar desde la educación, así como fomentar el culto a la libertad primordial: la libertad de opinión. Con una asombrosa actualidad, Mora no veía peligro ni temor en el debate público de opiniones contrarias entre sí; llegó a afirmar que quienes sostienen ideas y opiniones encontradas "son todos hijos de la patria... y como la Nación sabe que el simple error no es delito, oye, admite y califica las opiniones más encontradas pesándolas en la balanza de la razón".

Ni el doctor Mora ni don Lucas Alamán vislumbraron las atrocidades y enconos que se despertarían entre los seguidores de sus respectivas rondas y que afloraron en la violenta Guerra de Reforma. La ronda de las dualidades y el clima de definición

seguía rondando en México aún pasadas ya muchas décadas desde los primeros gritos de independencia. ¿Seguirá rondándonos esta necesidad de definición? ¿Aunque sea clara el alma o la esencia de los mexicanos, tenemos definido qué somos y cómo nos organizamos? ¿Está empatado el marcador de lo teórico y empapelado con lo práctico y real?

Valga como regalo de cumpleaños nuestro propósito de leer y releer al doctor Mora, incluso a la luz del otro bicentenario que también requiere lectura y relectura: Lucas Alamán, que lo cumplió hace dos años. Quizá coincidamos con el honesto afán por definir a México al conocer las ideas y los ímpetus de quienes lo vieron nacer independiente. Lo seguro es que, una vez más, la historia y los historiadores nos demuestran la más clara virtud del pretérito: conocernos.

Q

* Intervención en la ceremonia de Conmemoración del Bicentenario del Natalicio de José María Luis Mora. Instituto Mexiquense de Cultura, Nezahualcóyotl, Estado de México, 4 de mayo de 1994.